

**HUELLAS**

*litterae communionis*

**PÁGINA UNO**

**Jornada de apertura de curso de los adultos y los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación  
Mediolanum Forum, Assago (Milán), 29 de septiembre de 2018**

Introducción de Luigi Giussani en los Ejercicios espirituales del Centro cultural C. Péguy  
(Varigotti, 1 de noviembre de 1968)

*a cargo de Julián Carrón*



**¡Vivo  
quiere decir  
presente!**

# ¡Vivo quiere decir presente!

## Jornada de apertura de curso de los adultos y los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación

Mediolanum Forum, Assago (Milán),  
29 de septiembre de 2018

### Julián Carrón

2

Volver a empezar no es algo que haya que dar por descontado, sino que es una gracia, un signo inequívoco de la premura de Dios hacia cada uno de nosotros. ¡Qué impresión, qué gratitud darse cuenta de que no estamos abandonados a nuestra nada! Esta gracia ha sido acogida por cada uno de nosotros por el hecho mismo de estar aquí ahora. Pidamos al Espíritu –que es el punto del que surge este gesto– que nos abra, que abra nuestro yo para acoger esta gracia, y pidámosle que esta gracia no sea vana en nosotros.

*Desciende, Santo Espíritu*

Doy la bienvenida a todos los presentes y a todos los que están conectados por vídeo.

Este año se celebra el 50 aniversario del 68 que fue, como todos sabemos, un momento de paso (Benedicto XVI lo definió como una «ruptura» en nuestra historia reciente) que, aunque partía de exigencias justas –de mayor autenticidad y libertad– acabó poniendo en crisis toda nuestra sociedad.

Hoy nos hallamos ante otro momento de paso imponente, que el papa Francisco indica como un «cambio de época», caracterizado por lo que hemos llamado «caída

de las evidencias» (cuántas veces nos lo hemos repetido en estos años, y con una conciencia cada vez mayor): lo que hasta hace unas décadas parecía obvio en cuanto a los fundamentos de la vida personal y social, ya no es evidente para la mayoría de nuestros contemporáneos. La consecuencia más inmediata es una gran confusión, que todos advertimos, como testimonia uno de los más importantes sociólogos alemanes, Ulrich Beck, en su último libro (publicado de forma póstuma). Dice literalmente: «El mundo está desquiciado. Tal como lo ven muchas personas, esto es cierto en ambos sentidos de la palabra: el mundo está desencajado y se ha vuelto loco. Vagamos confusos y sin rumbo, argumentando razones a favor de esto y en contra de aquello. Pero una afirmación en la que la mayoría de la gente coincide, más allá de cualquier antagonismo, y en todos los continentes, es la siguiente: “Ya no comprendemos el mundo”» (Ulrich Beck, *La metamorfosis del mundo*, Barcelona, Paidós 2017, p. 13).

Por ello, muchas personas se preguntan: ¿cómo se puede empezar de nuevo? ¿Desde dónde volver a partir?

Por eso me ha impresionado tanto escuchar una intervención de don Giussani durante un encuentro con el núcleo de adultos reunidos en torno al Centro cultural Péguy, que se convertiría después en Comunión y Liberación. Tiene lugar el 1 de noviembre de 1968 en Varigotti. Nos hallamos en el punto culminante de una crisis que ese mismo año había afectado a GS. Giussani interviene en medio del desconcierto general, y se pregunta: ¿desde dónde volver a partir? ¿Qué puede sostener de verdad la vida en un momento de confusión tan grande? ¿Hay algo que pueda resistir el embate del tiempo? Su respuesta está contenida en las palabras que vamos a escuchar.

Cuando lo escuché me impactó tanto, al percibir que era radicalmente pertinente a la situación de hoy, que he querido que también vosotros podáis escucharlo. Además de fijaros en las palabras, prestad atención también al tono y al modo con el que don Giussani se dirige a las pocas personas del Centro cultural Péguy que le están escuchado.

Me ha parecido importante que también nuestros amigos de fuera de Italia –que siguen este encuentro en directo o que lo verán en diferido– puedan escuchar la intervención de don Giussani y no solo leer la traducción, para favorecer que se identifiquen con los contenidos sobre los que todos trabajaremos durante el mes de octubre. ■

## Introducción de Luigi Giussani en los Ejercicios espirituales del Centro cultural C. Péguy (Varigotti, 1 de noviembre de 1968)

*a cargo de Julián Carrón*

### Luigi Giussani

Permanezcamos un momento en silencio frente a Dios, pensando qué hemos venido a hacer aquí (incluso si no hemos comprendido todavía la respuesta).

#### *Breve momento de silencio*

Esperemos por lo menos que el Señor nos conceda, al final de estos días, haber comprendido con claridad qué hemos venido a hacer, en la medida en que esta claridad faltase al principio.

Nunca me he sentido tan cohibido, nunca me he sentido tan temeroso de hablar desde este sitio como esta vez, después de quince años, porque esta vez es como el fruto último, es como el nivel extremo de una historia. Estoy suponiendo ya lo que, en mi opinión, debería ser el contenido de estos días, estoy expresando ya la importancia que para mí debería tener el contenido de estos días. Es como si tocásemos el fondo de lo que hace quince años empezamos a buscar justamente en este lugar. Y el temor o el apuro es por el papel que todavía debe tener mi voz.

Todos tenemos la esperanza de que estos días nos digan algo. Esperamos no solo que no sean días perdidos, sino que establezcan, planteen algo de forma estable, nos lleven a dar un paso irreversible. Todos te-

nemos esta esperanza, pero la diferencia profunda con respecto a las otras veces en que nos hemos reunido se halla aquí: que esta esperanza no se funda ya en lo que se os podría dar, sino en vosotros. No se trata de esperanza en lo que una voz o las circunstancias podrán decirnos estos días, sino que –en cambio– es una esperanza que cada uno debe poner no en sí mismo, en el sentido autónomo de la palabra, sino en algo que está dentro de él, de vosotros. Digámoslo con claridad, de forma sencilla: se trata esta vez de una esperan-

za en vosotros, de una esperanza en mí y en ti, en ti y en mí, una esperanza en nuestra persona o en algo que está dentro de nuestra persona. No es una esperanza en algo de fuera, en una voz, en circunstancias, en una situación, en una ocasión, no es esperanza en eso, sino en algo que está dentro de nosotros. Por eso digo que tengo esperanza en ti, no que tú tengas esperanza en lo que yo pueda conseguir ser capaz de decirte. En el fondo, esta es la diferencia que se da entre un auditorio infantil o adolescente y un auditorio adulto,

*«Se trata de una esperanza en mí y en ti, en ti y en mí, una esperanza en nuestra persona o en algo que está dentro de nuestra persona. No es una esperanza en algo de fuera, en una voz, en circunstancias, en una situación, en una ocasión»*

maduro, porque en la persona madura, en el hombre adulto, todo el acontecimiento dramático de la vida y de su sentido, de su valor, se desarrolla dentro de él. No se trata de que todos los factores, o los factores determinantes, tenga que sacarlos de la autonomía de su individualidad. ¡Al contrario! Pero todo lo que determina su valor se pone en juego dentro de él: Dios o Satanás, si queréis –el reclamo del misterio de Cristo o el reclamo visceral del mundo–, ponen en juego su drama e intentan reclamarte dentro de ti.

¿Cuántas veces nos ha impresionado esa frase del Evangelio: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (cf. Lc 18,8)? Creo que no ha habido un momento en toda nuestra historia –un momento en sentido temporal– en el que esta frase pronunciada por Cristo con melancolía, con tristeza, se haya presentado, haya sido posible sentirla tan pertinente como ahora. «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?».

**La fe es lo que nosotros buscamos**, la fe es aquello en lo que queremos penetrar, la fe es lo que queremos vivir. A nuestro alrededor parece que todo colabora, que todo es connivente con una fuerza activa que trata de eliminar, de arrancar o de vaciar la fe, que trata de reconducirla a categorías puramente racionales, naturalistas, fuera y dentro del mundo cristiano. Ahora dentro, además de fuera. Es la fe auténtica, o la autenticidad de la fe, lo

que nosotros buscamos. No buscamos otra cosa. Justamente por eso, el discurso de estos días y el trabajo de estos días indican algo en lo que cada uno de nosotros arriesga, arriesga su persona. Por eso hemos tratado de ser claros en la intención antes de venir aquí. Estamos preparados para hablar con todo el mundo, para ir a cualquier lugar del mundo, pero necesitamos una casa, necesitamos un lugar en donde la palabra sea palabra, «expresión», en donde la relación sea «corazón», sea cordial, en donde la compañía sea positiva, en donde las palabras tengan un sentido y las intenciones tengan un sentido, el pan sea pan y el agua sea agua.

**Por eso, hemos querido ser claros antes de venir aquí** y, sacando de la historia, especialmente de la de los últimos años, en particular del último año, esos albores de una visión definitiva de las cosas, esos signos, esos puntos de partida de una «versión» radical de nuestro modo de concebir el mundo, sacando por tanto de la experiencia de este último año, de estos últimos años, estos indicios, estos primeros comienzos, estas primeras indicaciones, nos hemos dicho que en ellos nos jugamos nuestra persona, aceptamos arriesgar nuestra persona. Estos comienzos establecen, por tanto, el perímetro de una amistad que es la condición fundamental para que el hombre pueda llegar a ser él mismo, pueda caminar sin correr un peligro insalvable, un peligro imposible de superar.

*«El indicador más radical de la pobreza de espíritu es la escucha, es la posición de volver a escuchar y de escuchar: de escuchar nuevamente lo que ya se nos ha dado, y se nos ha dado con profusión»*

Por tanto, a pesar del número, el tono de estos días debe encontrar alimento, su alimento, en un aire de profunda, aunque extremadamente discreta, familiaridad; una familiaridad tranquila y discreta pero profunda, una familiaridad que quiere, que desea, que espera solo aclararse, aclararse ulteriormente o aclararse cada vez más. En este sentido, está claro que cada uno de nosotros pone su esperanza en el otro: la esperanza está puesta en ti y en mí, porque lo está en tu sinceridad. Pero digamos la palabra verdadera: la esperanza está puesta en tu «pobreza de espíritu». No es una curiosidad intelectual, sino una pobreza de espíritu, lo que debe acompañarnos mañana, pasado mañana, el lunes, en esta compañía: una pobreza de espíritu, la pobreza auténtica, no la pobreza miserable, no la pobreza fea, aunque el Evangelio indique en esa pobreza miserable y fea una ocasión de la que Dios se sirve para obligar al hombre a ir al fondo de las cosas. En cualquier caso, sin pobreza de espíritu ni siquiera la pobreza más negra se vuelve ocasión para una profundización, porque solo la conversión permite comprender y valorar, y la conversión consiste en la pobreza de espíritu.

Pobreza de espíritu, por tanto. El indicador más radical de la pobreza de espíritu es la escucha, es la posición de volver a escuchar y de

escuchar: de escuchar nuevamente lo que ya se nos ha dado, y se nos ha dado con profusión, porque Dios, al ser el creador, el constructor, no puede prepararnos algo ahora más que en relación con lo que ya se nos ha dado; y de escuchar, porque precisamente, al ser Él creador, cada momento encierra una novedad, una novedad impresionante que urge en nuestra existencia y la empuja al camino, la provoca a descubrir y a construir.

**Es un acontecimiento** lo que debe suceder dentro de nosotros estos días. Es un acontecimiento lo que debe suceder dentro de nosotros, porque lo que buscamos no es hacer una asociación. Ya sería algo, decía uno esta noche, si nos fuésemos de aquí habiendo comprendido que no es una asociación lo que queremos hacer –más allá de todo el organismo en el que una amistad busca camino y expresión–; no es una asociación a lo que aspiramos, sino que es una «fe» –por usar la palabra que ya hemos empleado–, una claridad, una cierta, una determinada claridad de fe. Porque entonces tu persona, transformada desde dentro, vaya donde vaya, haga lo que haga, tenga las relaciones que tenga, construirá una parte de ese organismo del que somos *socios* tan sensibles: el organismo de Cristo en el mundo.

**No sé cómo expresar** lo que se agita dentro de mí ahora, porque me gustaría, con esta premisa, despejar el campo de cualquier obstáculo, y me doy cuenta de que no lo consigo. Pero percibo esto: la palabra «fe», tal como la he dicho, o la palabra «Cristo», tal como la he dicho antes, o la expresión «organismo de Cristo en el mundo», como también la he dicho antes, estas palabras, como todas las que he dicho, ¡qué eco tan distinto tienen en mí y en vosotros, qué eco tan distinto en todos nosotros! Quizá para muchos de vosotros estas palabras resuenen todavía como algo externo. Sea como fuere, ya se sientan como algo externo o como profundamente inscritas en la propia personalidad –como las siento yo–, en estos días aspiramos a una conversión con respecto a estas palabras. Se trata de un acontecimiento, no de ponernos de acuerdo para hacer algo; no se trata de una estructura que debemos pensar o salvar, sino de un acontecimiento en nosotros mismos, porque la estructura la creará después el hombre adulto como obra de sus manos en la medida en que tenga dentro el rostro que estas palabras deben determinar, en la medida en que tenga el corazón, la inteligencia y el corazón cuyo contenido deberán ser estas palabras.

6

**Juan XXIII** hablaba de los signos de los tiempos, le gustaba mucho hablar de «signo de los tiempos» (cf. Carta encíclica *Pacem in terris*, 21ss.). Utilicemos también nosotros esta expresión y busquemos un signo de los tiempos por lo que respecta a la pedagogía de la fe, a nuestra relación de fe, a nuestra relación con la fe.

Creo que podemos definir así este signo de los tiempos: hace quince años, cuando comenzamos con *Gioventù Studentesca* –cada uno de vosotros lo recuerda–, el punto de partida, el motivo (no digo a cada uno que recordéis lo que fue hace quince años, sino que digo que se trata de una actitud que ha perdurado hasta ahora), el punto de partida para el reclamo, el móvil en el que se buscaba apoyo, la razón –esto es– en la que se buscaba apoyo para mover a la adhesión, el móvil, el motivo sobre el que se trataba de fundar, era normalmente este: hemos nacido en una tradición, no es justo que tengamos que continuar o abandonar esta tradición sin antes habernos comprometido con ella. Una historia nos expresaba un deber de lealtad hacia ella.

Según mi experiencia, este fue el tipo de reclamo que hacía de catalizador de la buena voluntad, de catalizador de un mínimo de sencillez de corazón que todavía que-

daba. En cualquier caso, según mi experiencia, fue este tipo de reclamo, fue esta razón lo que movió a toda la gente que se unió a nosotros: me refiero al motivo o al móvil explicitado, teorizado, definido.

Ahora bien, si hay un aspecto impresionante como signo de los tiempos, o del signo de los tiempos, es este: que un tipo de reclamo como este hoy no se sostendría, ya no se sostendría. Para el joven, y para cada uno de nosotros, en la medida en que le queda un poco de juventud, la tradición como motivo y reclamo ya no es suficiente. Podría tratarse de una palabra que en ciertos temperamentos equilibrados y llenos de sensibilidad podría incluso suscitar emoción y conmoción, pero no esa impresión capaz de mover. Si tuviese que invitar ahora a los chavales a entrar en GS, creo que ya no usaría esta razón.

**Es verdad, y podemos subrayar también el porqué:** el nuestro es un tiempo –cuántas veces hemos tenido ocasión de referirnos a esto–, en el que la historia pasa por un momento eminentemente crítico, un momento, por ello, de compromiso por revisar y cambiar radicalmente las cosas. En este sentido, la historia vive un momento en el que desaparece el sentido de la historia: afanado y apasionado en la obra presente, el hombre pierde el sentido de la historia. Desde este punto de vista, un tiempo como el nuestro, aunque está lleno de una energía inusitada, aunque está lleno de una fuerza operativa impensable hasta hace algunos años, es extremadamente pobre de espíritu, pero no en el sentido evangélico de la palabra. Es una época extremadamente pobre, porque la riqueza del espíritu es eminentemente un fenómeno, un acontecimiento de síntesis, y el sentido de la historia es el indicador supremo de la riqueza del espíritu.

*«La tradición como motivo  
y reclamo ya no es suficiente.  
Creo que ya no usaría  
esta razón»*

**Pero hay un segundo aspecto** de este signo de los tiempos que confirma el interrogante que la primera afirmación ha empezado a plantear. Existe un modo del que ya no se puede partir para reclamar a la fe; un modo con el que la admiración del inteligente puede ser despertada todavía, pero no es ese movimiento que empuja a la persona a pasar a algo nuevo, que la hace comprometerse con un quehacer, con algo definitivo, definitorio, definitivo –¡cuántas veces hemos hecho este reclamo!–: no se trata de que la filosofía cristiana de la vida, la mirada cristiana sobre el mundo, la teoría cristiana de la existencia sea más completa, sea más completa que las demás, sea más perfecta, equilibrada, comprensiva, humanísima. No es tampoco la maravilla de una teoría perfecta lo que puede mover al joven de hoy y a cada uno de nosotros, en la medida en que conserve algo de juventud dentro de sí.

Tradicición y teoría, tradición y discurso, ya no pueden mover al hombre de hoy. He hablado del joven, pero ese mínimo de juventud al que me he referido antes es el que queda en el hombre durante toda su vida, y por eso para nosotros es así, también para el hombre adulto y maduro es así; mejor, para el hombre adulto y maduro este problema no se plantea precisamente porque, para llegar a ser adulto en la fe, es

necesario haberlo superado, es necesario haber superado el reclamo fascinante del motivo histórico y el reclamo admirable de una estética derivada de una perfección teórica. Ya no puede ser ni la historia, ni la doctrina, ni la tradición, ni el discurso lo que mueva al hombre de hoy. Tradición y filosofía cristiana, tradición y discurso cristiano, han creado y crean todavía la cristiandad, no el cristianismo. Por «cristiandad» entendemos ese flujo, esa corriente, ese cauce identificable en el campo de la historia y caracterizado –precisamente– por determinadas fórmulas de pensamiento, por determinadas formas de concebir, por determinadas reglas morales, por el reclamo a determinados valores, por determinadas actitudes prácticas, por determinadas formas. Tradición y discurso, tradi-

*«El cristianismo es ese “algo” que hace que se vuelva viva la tradición, que hace que la articulación del pensamiento se vuelva una realidad viva, que hace que se vuelva vivo el pasado, que hace que se vuelva vivo el pensamiento, la idea y el valor»*

ción y cultura cristiana, tradición y teología, si queréis, tradición y doctrina cristiana, crean formas.

**El cristianismo es otra cosa**, aunque el cristianismo, claro está, incluya todo esto que hemos dicho. No solo recupera, sino que exalta el valor de la historia, hace que la tradición sea una realidad viva, recupera el filosofar en el sentido profundo de la palabra, recupera el ordenamiento inteligente; no solo, sino que lo exalta hasta hacer que se convierta en una realidad viva dentro de nosotros. Pues bien, el cristianismo es ese «algo» que hace que se vuelva viva la tradición, que hace que la articulación del pensamiento se vuelva una realidad viva, que hace que se vuelva vivo el pasado, que hace que se vuelva vivo el pensamiento, la idea y el valor.

¡Pero vivo quiere decir presente! Metodológicamente no podemos hacer otra cosa, si no queremos confundirnos, que volver al origen: ¿cómo surgió, cómo comenzó? Se trató de un acontecimiento. El cristianismo es un acontecimiento. La cristiandad es un cauce socio-histórico, pero el cristianismo es un acontecimiento. La cristiandad son formas articuladas, pero el cristianismo es un acontecimiento.

Preguntémonos entonces: ¿qué hicieron para empezar a creer? ¿En qué consistió ese acontecimiento que despertó semejante interés, que determinó tal impresión que la gente se puso en juego por primera vez frente a lo que tenía delante, que la gente percibió por primera vez que se encendía la fe en su interior, que el cristiano empezó a estar en el mundo? ¿Cuál fue ese acontecimiento? ¿De qué tipo fue ese acontecimiento?

8

No creyeron porque Cristo hablara diciendo esas cosas, no creyeron porque Cristo hiciera esos milagros, no creyeron porque Cristo citara a los profetas, no creyeron porque Cristo resucitara a los muertos. Cuánta gente, la gran mayoría, le oyó hablar así, le escuchó decir esas palabras, le vio hacer esos milagros, y el acontecimiento no sucedió para ellos. El acontecimiento fue algo de lo que el milagro o el discurso eran partes, eran segmentos, eran factores, pero fue algo distinto, algo más, algo tan distinto que dio significado al discurso y al milagro. Creyeron por lo que Cristo era.

Creyeron por esa presencia, no porque dijera o hiciera esto o aquello. Creyeron por una presencia. No una presencia desdibujada o superficial, no una presencia sin rostro: una presencia con una cara bien precisa, una presencia cargada de palabra, es decir, cargada de propuesta. Creyeron por una presencia cargada de propuesta. Una presencia cargada de propuesta es, por tanto, una presencia cargada de significado. ¿Con qué término se puede definir de modo perfecto el acontecimiento de una presencia cargada de propuesta, cargada de significado para la vida (porque la propuesta es un significado para la existencia)?

**Existe un detalle, una connotación** que es preciso subrayar, que no podemos dejar escapar: no todas las presencias, no cualquier presencia está cargada de significado, *pardon*, no cualquier presencia con propuesta está cargada de significado, de modo que pueda formar parte de lo que define la palabra que vamos a decir. La presencia con propuesta está cargada de significado, hasta el punto de estar definida por la palabra que usaremos, solo en cuanto que tiene algo de imprevisible, de imprevisto y de imprevisible, es decir, que lleva consigo una novedad radical. Una novedad radical que vuelvo a expresar, que describo nuevamente con los términos «imprevisto» e «imprevisible»: es algo que no existía y que ahora existe, está ahí; es algo que no podía existir

«Creyeron por esa presencia:  
una presencia con una cara bien precisa,  
una presencia cargada de palabra,  
es decir, cargada de propuesta»



y está ahí. Una cosa que no podía existir y que está aquí. Algo que no podía existir, es decir, que no era consecuencia, que no era coherente con toda la sabiduría, con toda la experiencia, con todos los discursos precedentes, con toda la tradición. Es la expresión de un poder «más», es la expresión de un poder mayor, es la presencia de un poder más grande, independientemente de cómo lo definamos, aunque luego nuestra conciencia crítica trate más o menos apresuradamente de reconducir esta impresión innegable, esta impresión irresistible en el primer momento, aunque nuestra conciencia crítica trate más o menos apresuradamente de reconducirla a las categorías de antes, de la tradición o de su discurso de antes, de su filosofar precedente, de su sabiduría precedente, de su experiencia anterior.

Por tanto –resumiendo–, una presencia cargada de propuesta, llena, por tanto, de significado. Pero este «por tanto» es un poco excesivo. Una propuesta está llena de significado, una presencia con propuesta está llena de significado en la medida en que lleva dentro de sí algo que no se puede reducir al pasado, es decir, a nuestro presente que nace del pasado. Ella contiene una novedad radical.

Pues bien, la palabra que indica este fenómeno es la palabra «anuncio».

El cristianismo nació como anuncio: era esa persona que hablaba así, que actuaba así, pero era ella, esa persona, que decía y hacía; era esa persona, era el conjunto, era todo, era esa presencia cargada de propuesta, llena de significado, con una novedad irreductible. Era la experiencia de una novedad irreductible. Tratad de pensar, con delicadeza de espíritu, con discreción, no en el sentido de timidez, sino del pudor, de la finura profunda que asegura la agudeza de la pobreza de espíritu, tratad de pensar en aquella joven que estaba en su casa y recibió el anuncio: la Virgen. Algo que, en última instancia, no se podía reducir a los acontecimientos precedentes, de los que su presente estaba hecho. Pero, ¿por qué creyeron aquellos cientos de personas en cuanto el Espíritu descendió sobre los apóstoles? ¿Por qué creyeron cuando Pedro se puso a gritar en la plaza? ¿Por qué? Habría sido tan solo un hecho curioso que alguien hablase y le entendiesen en muchas lenguas; habría sido tan solo un hecho intelectual que en su discurso se pusiese, como hizo, a revisar toda la historia judía en función de aquel Hombre al que habían matado algunos días antes. El anuncio era eso, era aquello que sucedía, era ese acontecimiento, era la totalidad de ese acontecimiento que impactaba, en el sentido de la im-

presión, que portaba algo, algo que no podían evidentemente descifrar y definir, pero que era distinto: era una novedad, una propuesta –¡menuda propuesta!–, una propuesta que cambiaba. No podían ni siquiera descifrar un poco el valor y los términos de este cambio. Por eso la palabra «anuncio» remite inmediatamente a otra palabra, y es la palabra «conversión».

**Pero para no subrayar** todos estos componentes, o todas estas implicaciones, lo mejor es que volvamos a hacer un esfuerzo de fantasía, que nos identifiquemos con ese momento: fue un acontecimiento en su integridad lo que impresionó a aquella gente. Lo que hizo que se quedaran impactados y cambiaran fue que ese acontecimiento estaba lleno de significado, era nuevo, imprevisto e imprevisible. Pero, ¿por qué se adhirió la gente de Esmirna, de Atenas, de Mileto o de Filipos – los que se adhirieron– a san Pablo? ¿Por las palabras que decía? ¿Por los gestos que hacía? ¡También! Era por todo un conjunto que la palabra «anuncio» describe en su perímetro total. Se trataba de un anuncio: la presencia de algo que proponía un cambio, una novedad.

Existe un término en nuestra historia, en la historia de nuestros esfuerzos, que es cercano a lo que esta noche hemos tratado

*«Es de verdad anuncio en la medida  
en que implica en el significado  
que expresa a la persona que lo porta»*

de enuclear, y es la palabra «encuentro». De hecho, la palabra «encuentro» tiene un significado existencialmente eficaz, existencialmente válido, exclusivamente si el encuentro coincide con un anuncio: una presencia cargada de significado.

Existe un indicador particular que quiero subrayar para que la cosa resulte aún más clara. Anuncio es una presencia con propuesta. Dicha propuesta se llena verdaderamente de significado, es de verdad anuncio en la medida en que implica en el significado que expresa a la persona que lo porta, que porta ese significado. El anuncio es la presencia de una persona implicada por completo en un significado del mundo, en un significado de la vida. Porque lo que cambia la vida, lo que nos cambia a nosotros, una impresión es existencial, es decir, cambia la existencia en la medida en que porta una concepción del mundo, una visión del mundo. Por eso, el anuncio es la presencia, es una presencia cargada de significado, pero una presencia que implica en ese significado a la persona que porta dicho significado.

10

**Una persona implicada por completo** en un significado del mundo y de la vida: eso fue Cristo para quien le escuchó, eso fue Pedro para quien le escuchó, eso fue Pablo para quien le escuchó con pobreza de espíritu. Porque en la falta de pobreza de espíritu, en la proporción exacta en que falta la pobreza de espíritu, ¿qué sucede? Que uno ya se sabe las cosas, cree que las sabe y reduce todo a lo que ya sabe, tiende a reconducir todo a lo que ya sabe. Solo el pobre de espíritu puede enriquecerse, la riqueza es solo para él: para el otro no hay más que agotamiento, es decir, vivir de las rentas, que es el agotamiento.

Todos nosotros, si estamos aquí, es porque de algún modo nos ha tocado este anuncio, es porque de algún modo esa presencia que implicaba a la persona en un significado del mundo y de la vida se nos ha dado. Independientemente del modo, por el mismo moti-

vo que estamos aquí, es imposible que este anuncio no nos haya tocado, no nos haya tocado también a nosotros. Es un acontecimiento.

He dicho que siempre hemos usado la palabra «encuentro», pero la palabra «encuentro» no expresa toda la profundidad de la cuestión. La palabra «anuncio» sí, porque la palabra «anuncio» abre –más allá de todo lo que se pueda decir–, el sentido misterioso de ese poder, o de esa voluntad poderosa, o de esa inteligencia y voluntad poderosa, por la que ha sucedido, por la que esta presencia existe. ¿Cómo es posible que exista? La palabra «anuncio» abre con claridad (más allá de todo lo que se pueda decir) el sentido misterioso del Padre, el sentido del misterio de Dios, el sentido de la voluntad del Padre, el sentido del designio de Dios, el sentido del Dios señor del hombre y de la historia, que hace que me suceda a mí el anuncio y no a otro, que se le dé a otro y no a mí; que decide anunciarse a la Virgen, una chica absolutamente desconocida, sin valor hablando desde el punto de vista mundano, que decide anunciarse a ella; que decide anunciarse a unos pobres pescadores; que decide anunciarse a uno, a dos sabios del pueblo (Nicodemo, José de Arimatea), y no a los otros trescientos del sanedrín. Esta libertad impresionante y absoluta me ha alcanzado a mí y a cada uno de vosotros por el hecho mismo de estar aquí.

Pero este es un problema que dejo abierto. Cuando nos vayamos de aquí tendremos que mirarlo a la cara. Tendremos que darnos cuenta de este acontecimiento que nos ha sucedido, darnos cuenta de lo que significa el cristianismo: el cristianismo significa este anuncio. Cristianismo no significa dar el dinero a los pobres, cristianismo no significa acoger en casa a treinta y cuatro niños de otros, cristianismo no significa que el Papa se ponga la tiara, cristianismo no significa rezar a Dios, cristianismo no significa realizar gestos religiosos, porque todas estas cosas, como tipo de cosas, son posibles en todas las experiencias humanas.

El cristianismo es algo que se nos ha dado y que se nos presenta como un dato, se nos presenta como anuncio, realidad imprevista e imprevible: no existía y ahora está aquí; no podía existir y existe, está presente. No podía existir y está presente: una novedad absoluta. Pensad en lo que sintieron los pastores ante el anuncio del ángel, o los Magos ante el anuncio del que la estrella era signo: una novedad radical, una novedad de orden absoluto, no podía existir y está aquí, no podía existir porque nunca habíamos pensado en ella, no podíamos pensar en ella y está aquí. El cristianismo es este acontecimiento, es el acontecimiento de este anuncio. Anuncio no en cuanto que yo lo siento, sobre todo, sino en cuanto que se me presenta: es una propuesta, es un género de propuesta, es un tipo de propuesta, es un género de significado, es un tipo de significado que se me comunica, que se propone, que se presenta ante mí en los términos de personas implicadas con él, implicadas de algún modo con él. Para un cierto anuncio Dios eligió a un adúltero; Dios eligió para este anuncio a unos cutres, los apóstoles. Dios elige para este anuncio a pecadores, porque todo está en el poder que genera la cosa.

Todo está en el acontecimiento – no en lo que somos, en lo que po-

demo ser como valor moral–, está en algo que viene de fuera de nosotros y se propone a lo más honrado de nuestra persona; pero viene de fuera: es un acontecimiento que se da fuera de nosotros, exactamente igual que una tormenta en el mar. Un acontecimiento fuera de nosotros, un acontecimiento que es un anuncio. Un acontecimiento que está fuera de nosotros y que es imprevible – no se podía prever–, se manifiesta y entra en nosotros, nos atraviesa hasta el fondo con su propuesta; y esta propuesta que nos atraviesa hasta el fondo implica también a esa pobre persona que lo porta, a su pesar. Recordad el capítulo de Jeremías, cuando, en un momento dado, hartado, trató de rebelarse frente a Dios –lo hemos meditado más de una vez–: «Me dije: “Ya no hablaré más en Su nombre, basta, me retiraré de Su rostro, ya no hablaré más en Su nombre”. Pero había dentro de mí como un fuego devorador, como un fuego devorador dentro de mis huesos, y yo me agotaba en el intento de contenerlo, y no lo conseguía, y me veía obligado a salir y a gritar otra vez: maldición y ruina para quien no escuche a Yahvé» (cf. Jr 20,9; 22,5).

**Hay que eliminar el pasado** para comprender qué es el cristianismo,

hay que eliminar toda la connotación del pasado para comprender qué es lo que existe ahora, ahora. Ciertamente, no el pasado de ayer o antes de ayer, porque el cristianismo es una presencia dentro de tu existencia, una presencia que implica la vida de otras personas. Otras personas, para llevarte una propuesta, han implicado su vida, y es una propuesta que pretende que tú impliques la tuya. Pero es una propuesta que, para pretender que tú impliques tu vida, está llena de significado, está llena de una novedad impensada, asegura un cambio inimaginable, inimaginable. Pero lo principal es que empeemos a pulir dentro de nosotros, a «deshacernos» de todo el papel que envuelve el regalo para ver qué hay dentro, para descubrir el rostro claro que contiene; lo que tenemos que empezar a mirar a la cara es esta realidad absolutamente viva, presente, que es el cristianismo.

**El cristianismo es un anuncio**, un fenómeno por el que las personas, por el que una persona –pensad en Cristo–, una persona, a través de una forma de ser, de una implicación de su vida, lleva una propuesta que tiende a cambiar tu vida: una pretensión que no puede existir más que por un significado absolutamente nuevo. ¡Cuántas montañas de escombros tenemos

*«Como adultos no podemos seguir siendo cristianos con una cierta autenticidad más que a través de la experiencia de este acontecimiento, más que a través de la conciencia del anuncio»*

12

que quitar de la superficie –y mucho más abajo de la superficie– de nuestra conciencia, de nuestra alma, de nuestra inteligencia, de nuestra sensibilidad, para empezar a caminar hacia eso de lo que esta palabra, hacia esa realidad existencial de la que esta palabra «anuncio» empieza a ser eco, quiere ser el eco! ¡Qué masa de escombros! ¡Cuánta costra hay que romper! Por eso, ninguna posición de curiosidad, por mucha curiosidad intelectual que tenga una posición, por mucha que tenga, puede llegar a comprender. Esto solo lo hace posible una pobreza de espíritu, esa pobreza de espíritu que nos hace gritar: «¡Padre, muéstrame tu rostro!» (cf. Sal 27,8-9); esa pobreza de espíritu que nos hace gritar: «Mi alma tiene sed del Dios vivo» (cf. Sal 42,3). Lo que se necesita es la desnudez de esta palabra, es la sinceridad de esta palabra, es la perfección de pureza de esta palabra, que puede estar ahí de forma clara bajo cualquier mal, cualquier pecado, cualquier ignominia, y que puede no darse, puede no existir en el alma perfecta del fariseo, en el alma moralmente intachable del fariseo.

**Cuando esta noche me decía antes de venir aquí:**

«Ahora tengo que ir ahí a decir estas cosas...», lo que me ha confortado en la decisión de aceptar esta tarea ingrata ha sido exclusivamente este pensamiento, humanamente hablando: que estas palabras, que esta palabra, o que palabras como estas tienen que ser lanzadas ahí, aunque parezcan rebotar como sobre una piedra, o parezcan resbalar como sobre el mármol; deben ser lanzadas ahí, porque solo la tenacidad de un camino puede abrirlas, puede abrirlas de par en par, puede hacer que nos invadan con su fuerza, con su valor, puede hacer que nos aferren completamente. Pero esta tenacidad no puede producirse en nosotros, no puede existir en nosotros si no es con la condición de la convivencia: es una convivencia lo que produce esta tenacidad, únicamente una convivencia.

**Porque es preciso que termine un periodo** y dé comienzo otro: el definitivo, el maduro. Esta palabra está en el origen de nuestro cristianismo maduro, o del cristianismo, es lo que puede resistir el embate del tiempo, más aún, el embate de toda la historia: porque ese anuncio que empezó a impresionar a dos personas (capítulo primero de san Juan), a dos, Juan y Andrés, hace dos mil años, ese anuncio, esa persona, es tal cual el fenómeno que nos ha traído aquí y es tal cual el fenómeno que puede hacer que permanezcamos en la Iglesia de Dios. Pero ahora ya no puede ser aceptado de forma pasiva, los tiempos ya no nos lo permiten, los dos tiempos: el tiempo de la historia («signo de los tiempos») y el tiempo de nuestra vida, porque como adultos no podemos seguir siendo cristianos con una cierta autenticidad más que a través de la experiencia de este acontecimiento, más que a través de la conciencia del anuncio. Sobre todo, está claro, no podríamos ser anuncio para los demás, es decir, no podríamos mantener el misterio de Cristo en el mundo, colaborar con él, difundir –se dice– el cristianismo en el mundo.

No podemos ser fieles a la Iglesia, ser de Dios en la lucha del mundo, no podemos ser misioneros, en definitiva, si no es porque vivimos continuamente un anuncio, y por tanto participamos en él.

A muchos les podrá parecer que no. En cambio, yo digo que sí, que se trata de un cambio radical, no en el fondo, en última instancia, necesariamente de nuestra actitud, sino de nuestra conciencia, de nuestra consciencia, de nuestra forma de definir las cosas, sí, y por ello del progreso de nuestra actitud. Porque el progreso de nuestra actitud, una construcción nueva sobre nuestro presente, no puede producirse más que por una conciencia explícita, más que por una consciencia definida. Yo os digo que es un cambio radical de nuestra conciencia, de nuestro modo de pensar, de nuestro modo de organizar las cosas, es un cambio radical lo que tiene que suceder, un cambio que la palabra «anuncio» hace suceder. ■

## Julián Carrón

¡Una buena provocación, que nos hace permanecer en silencio pidiendo que las palabras que hemos escuchado –que muchas veces se quedan como algo externo por el eco tan distinto que tienen en él y en nosotros, como nos ha dicho– puedan llegar a ser nuestras! Tendremos tiempo para dar espacio a este silencio y al trabajo sobre lo que hemos escuchado.

Cincuenta años después impresionada todavía más que, estando todo tan revuelto, Giussani tuviese esta claridad de juicio sobre la situación de la Iglesia y del mundo y sobre cuál tenía que ser la respuesta.

¿Hay algo que pueda resistir en una situación como la actual? Lo único que puede resistir es el anuncio –como hemos escuchado– que empezó a resonar cuando Jesús se dirigió a aquellos dos, Juan y Andrés, provocando ese fenómeno que les atrajo. Solo si ese mismo fenómeno vuelve a suceder será posible a largo plazo permanecer en la Iglesia de Dios. Solo será posible resistir por la renovación de ese mismo atractivo. Por eso don Giussani nos ha recordado el método de siempre, desde el primer momento hasta ahora, planteándonos de nuevo la pregunta: ¿cómo comenzó? ¿Cómo empezaron a creer? Que es lo mismo que decir: ¿cómo podemos no-

sotros seguir creyendo? «Creyeron por esa presencia [...], una presencia con una cara bien precisa, [...] cargada de palabra, es decir, cargada de propuesta». La de Jesús era una presencia que portaba un anuncio. Pero «anuncio es una presencia con propuesta [...], llena de significado [...] en la medida en que implica en el significado que expresa a la persona que lo porta». Es decir, es anuncio, es presencia el testigo en el que la palabra se ha convertido en carne, en parte de sí mismo.

Por eso concluía don Giussani: «Es preciso que termine un periodo y dé comienzo otro: el definitivo, el maduro. [...] Pero ahora» el cristianismo «ya no puede ser aceptado de forma pasiva, [...] porque como adultos no podemos seguir siendo cristianos con una cierta autenticidad más que a través de la experiencia de este acontecimiento, más que a través de la conciencia del anuncio».

**Ahora bien, ¿cómo llega a ser experiencia** para cada uno de nosotros este acontecimiento, cómo entra en las entrañas de nuestro yo? Nos lo ha recordado él mismo: solo por medio de un camino paciente, gracias al cual lo que nos ha aferrado podrá llegar a determinar todo en nosotros. Don Giussani nos invita a esto: a la «tenacidad de un camino», sin el que es ilusorio pensar que el acontecimiento llegará a ser experiencia nuestra. Pidamos al Señor que nos haga experimentar de nuevo ese acontecimiento en nuestras entrañas, esa novedad que nos ha aferrado, para que el origen no quede reducido nunca a un fenómeno del pasado. Pidámosle la gracia de caer en la cuenta, en este momento de confusión incluso dentro de la Iglesia, de la responsabilidad que tenemos, no ciertamente por nuestros méritos, sino por lo que hemos recibido: un método a través del cual el anuncio cristiano, en su esencialidad, puede entrar en la vida de cada uno hasta llegar a implicar toda su persona, es decir, un acontecimiento ahora, un testigo, como lo son don Giussani y el papa Francisco. ■

13

*«Ahora bien, ¿cómo llega a ser experiencia para cada uno de nosotros este acontecimiento?»*

## Santa Misa

### Homilia de don Julián Carrón

*Liturgia de la Santa Misa:*

*Nm 11,25-29; Sal 18 (19); Gc 5,1-6; Mc 9,38-43.45.47-48*

**E**s Dios quien toma la iniciativa siempre, como dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad. La liturgia de hoy nos lo muestra de nuevo: para salvar a su pueblo, Dios toma la iniciativa con uno, con Moisés. Pero enseguida implica a otros: el Espíritu recibido por Moisés pasa a otros setenta hombres para que puedan comunicar lo que se le ha dado a Moisés. Y este primer movimiento era solo el anuncio de la gran iniciativa que Dios estaba a punto de tomar, la de enviar a Su hijo, para llevar a cumplimiento la tentativa de Moisés. El don que Jesús introduce en la historia empieza a comunicarse a los primeros con los que se encuentra: los discípulos.

Conocemos bien ese método de Dios. De hecho, esta iniciativa del Espíritu es la misma por la que estamos aquí: usando el mismo método, el Misterio ha tomado la iniciativa con uno, don Giussani, y le ha dado la gracia del Espíritu para que pudiese llegar a nosotros con ese acento, con ese poder –que acabamos de percibir escuchando juntos sus palabras–, con esa intensidad que ha hecho que todos nosotros nos interesásemos por el cristianismo, participando así de su espíritu, de su don, de su gracia. Es conmovedor ver que ese método no marca solo el comienzo de una historia pasada, sino que sigue realizando en el presente la premura con la que Dios nos cuida.

**Pero si no somos conscientes** de la gratuidad de este don, podemos tratar enseguida de adueñarnos de él. Lo hemos escuchado en la primera lectura de hoy. Después de que el espíritu de Moisés llegase también a dos que se habían quedado fuera del grupo al que se le había dado, al verles profetizar, Josué va a Moisés y le dice: «Señor mío, Moisés, prohíbeselo». Pero Moisés le responde: «¿Estás celoso de mí?». Les pasa lo mismo a los discípulos de Jesús, como narra el Evangelio: «Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros» –es decir, porque no formaba parte de su círculo–. Moisés primero, y Jesús después rechazan someterse a esta actitud cerrada. Dice Moisés: «¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuese profeta y recibiera el espíritu del Señor!». Como diciendo: «¿No os dais cuenta de que Dios me ha dado su Espíritu para que llegue a todos?». Lo mismo hace Jesús con los discípulos: «No se lo impidáis, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro».

Jesús desenmascara la tentación de convertir el don que recibimos en posesión nuestra y de usarlo de forma «patrimonial», olvidándonos de que se nos ha dado de forma gratuita, olvidando además que la naturaleza misma de un carisma, de una gracia del Espíritu, es ser para todos: se le da a uno para que llegue a todos según un designio que no es el nuestro. Por eso Jesús, al igual que Moisés y todos los que han recibido de verdad el Espíritu, corrigen los intentos de usar de forma patrimonial la gracia recibida. Como don Giussani nos ha corregido a nosotros.

Al escuchar estas lecturas, sentimos de nuevo resonar en nosotros esa frase de don Giussani: «Se subraya lo positivo [que observamos en cualquier persona con la que nos encontramos por el camino] aun dentro de sus límites, y se abandona todo lo demás a la misericordia del Padre» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 147), porque no somos nosotros los que definimos el modo con el que tiene que actuar el Espíritu. El Espíritu sopla donde quiere, incluso fuera de la Iglesia –como lo ha afirmado siempre la Iglesia–, ¡por tanto también fuera de nuestro círculo! Qué atención debemos tener en-

tonces, qué tensión por reconocer y por seguir cualquier iniciativa del Espíritu, se manifieste en quien se manifieste, hasta el punto de convertirse en compañero nuestro de camino, porque «el que no está contra nosotros está a favor nuestro [está con nosotros]. El que os dé a beber un vaso de agua porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa».

**En lugar de preocuparnos** de gestionar la acción del Espíritu, preocupémonos de nuestra conversión, para que ninguno de nosotros pueda llegar a ser motivo de escándalo. «El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar».

*«Que la gracia que hemos recibido pueda resplandecer cada vez más ante todos y que no escandalicemos a nadie con un uso “extraño”, posesivo o equivocado de la gracia recibida»*

Estamos llamados a vivir el don que hemos recibido quitando de en medio todo lo que lo obstaculiza –incluso la mano, el pie o el ojo, si se convierte en motivo de escándalo, como dice Jesús–, para que pueda resplandecer. ¡Cuánta desproporción advertimos frente a este don! Pero si empezamos de verdad a ser conscientes de esta desproporción, no podremos dejar de pedir que la gracia que hemos recibido (y que hemos recibido para todos, como primer anticipo de un designio que se realiza en nosotros para los demás) pueda resplandecer cada vez más ante todos y que no escandalicemos a nadie con un uso «extraño», posesivo o equivocado de la gracia recibida. ■

